

## Nombres invisibles

En el país de donde vengo  
las voces de las mujeres quedan en el olvido  
porque desaparecen sus nombres  
detrás de los de sus padres y de sus maridos.  
A todas ellas les dedico este texto.

Siempre me ha gustado leer sagas familiares, me fascina ver las conexiones de muchas generaciones, perderme en una historia larga de las familias con todas sus alegrías y desgracias, empatizar, sufrir con ellos y ellas, odiar, amar – en fin, sentirlo todo como algo real. Hace unos años eso me llevo a interesarme más por mis antepasados, hablar sobre el tema con mi madre y lamentar mucho por no tener ya a mis abuelas y abuelos para poder conocer mejor mis raíces. Esa curiosidad mía me llevó un día a fijarme más en las tumbas de aquellas personas de nuestra familia que ya no están en este mundo. De las tumbas de mis bisabuelas y bisabuelos pude sacar unos cuantos nombres que desconocía, de los que eran mis tatarabuelos. Sin embargo, no encontré ningún nombre en esas tumbas de ninguna de mis tatarabuelas. Sólo en ese momento me di cuenta de la importancia de ser visibles, de la importancia de una sola palabra cuando esta palabra es tu nombre.

En nuestra cultura la mujer se casa, coge el apellido de su marido y rechaza el suyo que suele ser también de un hombre, el de su padre. Y cuando una mujer casada con un hombre tiene un hijo o una hija, también se le pone a la niña o al niño el apellido del padre, o si es un madre soltera, se trata del apellido del abuelo porque los apellidos al fin y al cabo siempre provienen de un hombre, nunca de una mujer. Además, tenemos el nombre patronímico que es el nombre del padre con un sufijo añadido, masculino o femenino. Así que en total cada persona tiene apellido, nombre propio y nombre patronímico. Como resultado el padre deja la doble huella y la madre ninguna. Ninguna literalmente. Solo aparece como madre en el certificado de nacimiento de la niña o del niño. Os doy como ejemplo mi nombre: Saenco Aliona Alexándrovna. Mi nombre es Aliona, mi nombre patronímico es Alexándrovna (mi padre se llamaba Alexandr) y mi apellido es Saenco (era el apellido de mi padre). Mi padre había muerto muy joven, a los 28 años, por un accidente de tráfico. Yo tenía tres años y mi hermana cuatro meses. Por supuesto, llevo con orgullo y mucha ternura su apellido y el nombre patronímico que mi padre me había dejado, pero... ¿y mi madre, la que nos ha criado a mí y a mi hermana? ¿Qué pasa con darle a su nombre la misma importancia por haberme dado la vida y por haber sido lo suficientemente fuerte para nunca rendirse?

En Wikipedia en mi idioma nativo se puede leer que hace siglos existían los nombres matronímicos, los que provienen de los nombres de las madres... y se los ponían a los bastardos. Han cambiado tantas cosas desde entonces, hay tanto desarrollo y avance en nuestras vidas, no obstante, la mujer, sus méritos y la importancia de todo lo que hace sigue siendo invisible en muchos aspectos. El hecho de que nuestros nombres sean tan invisibles puede parecer una cosa pequeña, incluso creo que en mi país se reírían de estas reflexiones mías, pero no lo es, no es pequeña, sino todo lo contrario.

Hasta aquel momento en el cementerio nunca había pensado en las consecuencias de esta realidad en la que había vivido antes, simplemente lo daba por hecho porque forma parte de nuestra cultura y nuestras tradiciones. Como escribió Serguéi Yesenin en uno de sus poemas: “Cara a cara no se puede ver la cara. Lo grande se ve desde la distancia”. Los años vividos en España me han cambiado mucho la perspectiva de ver y analizar las cosas. Lo que descubrí y entendí en el cementerio me afectó tanto que hasta hoy en día recuerdo aquel momento y siento mucha tristeza y a la vez rabia cada vez que pienso en las mujeres de mi familia cuyos nombres habían desaparecido.

Por ellas y para todas nosotras escribo este texto. Lo escribo para que cada persona que lo lea pare por un momento y vea con claridad que las cosas tienen que seguir cambiando, que todavía ni siquiera nos acercamos a la igualdad. No tengo hijos o hijas, es mi elección, así que mi nombre no va a desaparecer en sus pasaportes y otros documentos y luego en sus tumbas detrás del nombre de su(s) padre(s). Mi nombre va a desaparecer con el tiempo porque finalmente todo desaparece, pero no porque alguien ha decidido por mí hacerlo invisible. Y cuando muera, en mi tumba van a poner Saenco Aliona Márievna-Alexándrovna para que las y los descendientes de mi familia sepan no sólo el nombre de mi padre, sino también el de mi madre, María.

En la película francesa “No soy un hombre fácil” de Eleonore Pourriat el protagonista despierta en un mundo dominado por las mujeres. Es como ver todo lo que vivimos ahora cambiándonos de roles, las mujeres dominantes y seguras de sí mismas y los hombres sensibles y empáticos, los hombres allí son ese tal definido “sexo débil”. La creadora de la película refleja de manera muy expresiva las desigualdades de género, y aunque la historia es graciosa, deja una sensación amarga y triste. Me gustaría soñar con otra realidad que parcialmente está presente en otra película, de ciencia ficción, donde la protagonista en una de las escenas está preguntando a otra mujer si es un ser humano o un robot. Es lo único que nos debería interesar para definirnos. Porque es lo que somos todas y todos, seres humanos. Ni más, ni menos. Y no puede una parte de los seres humanos decidir que los nombres de otros seres humanos tengan menos importancia, no merezcan ser vistos y deban quedarse en el olvido.

*Aliona (Márievna-Alexándrovna) Saenco*

*Madrid, 2 de mayo de 2022*